

Desvirgue

SALVADOR BRETÓN

Tú me lo preguntaste.

La primera vez que mi paso por esta vida me permitió depositar una papeleta enhiesta y doblada, con el nombre del candidato de mi gana tachado con una espantosa equis en la raja acartonada de una urna, tuvo lugar en una escuela primaria habilitada para el caso: las elecciones federales de 1988. Desde meses antes, y a lo largo del año, comencé a forjar mi significado de las palabras política, político, politiquería, etc., a partir de la experiencia propia y las lecturas de Historia y Ciencia Política acumuladas al respecto en años posteriores.

Por entonces cursaba el tercer grado de la escuela vocacional politécnica y, 3 ó 4 semanas previas a la elección, un buen amigo al que apodábamos el “Borolas”, por el parecido físico con el viejo comediante y propia vena chistoretera, nos invitó a una fiesta en su casa tras la participación de su hermano mayor en el estreno de una tragedia griega del taller de teatro universitario de la Facultad de Arquitectura en la UNAM. Bailábamos fervientes la música de entonces cuando llegaron su novia y algunos amigos. Después de platicar un rato con nosotros distribuyeron folletería de uno de los candidatos y nos tiraron un choro al respecto. Bebieron un par de cervezas y se despidieron diciendo que seguirían en la pega de propaganda y haciendo pintas en donde hallaran una pared libre, pues, afirmaban, más tardarían ellos en ponerla que elementos del gobierno, en quitarlas. Se marcharon en un Volkswagen rojo.

Pasó el tiempo y, el lunes antes de ir a las urnas, “el Borolas” llegó cabizbajo, entre triste y furioso. Nos narró el motivo de su estado. El viernes anterior, mientras su hermano y sus amigos retiraban propaganda del partido oficial puesta encima de la suya, tuvieron un encuentro con los integrantes de una de las cuadrillas de limpieza que quiso arrebatarnos sus cosas. Como resultado de la reyerta, uno de los amigos de su hermano, quien había recibido una sobredosis de patadas en la cabeza, murió en un hospital durante la madrugada del sábado.

A media semana, la organización porril de la escuela organizó una “tocada” con luz y sonido en la que a medio evento irrumpió un “joven líder” desconocido, trajeado, pulcro, sonrisa de pasta de dientes, a nombre de una organización de juventudes, para decirnos por qué deberíamos seguir votando por los mismos que “nos habían dado la oportunidad de pisar aquellas bien amadas aulas para así engrandecer la jefatura del régimen, gracias a su tradición y legado tricolor, legado revolucionario...” Muchos sabíamos que la ley prohibía actos de proselitismo la semana previa a la votación y, sin embargo, no podíamos hacer nada excepto cuchichear entre nosotros y disfrutar la cerveza, cigarrillos y toques –para unos pocos que se perdían en los muchos y vacíos recintos del saber– que se vendían a precios “de solidaridad con el estudiantado” en el local propio que tenía este grupo debajo de una escalera. La limitante era que nos divirtiéramos lejos de la barda exterior o cerca de la dirección. ¿Irnos? ¿No prestarnos a aquello? Sabíamos por compañeros de los tres grados que a quienes se negaban o cuestionaban cualquier actitud suya, en cualquier momento o lugar, dentro de la escuela o camino de la estación del subterráneo, les sucedían asaltos a mano armada en los que podían no sólo perder sus pertenencias, sino morir de un piquete en el estómago o una bala. Bebimos hasta la hora habitual de salida y nos fuimos.

Transcurrida la primera semana tras las elecciones reanudamos las clases sin otro contratiempo hasta que, una mañana al salir de la estación del metro, observé por lo menos seis o siete autobuses de pasajeros del transpor-

te público estacionados a lo largo de la avenida, camino de la escuela. No sabía de ninguna excursión o paseo a realizarse así que probablemente yo y otros tantos nos veríamos forzados a participar en algo que no deseáramos. A punto de volver sobre mis pasos, dos porros externos a quienes reconocí del convivio sonidero –esta vez llevando prendido al cinturón un radio-comunicador–, me “exhortaron” a seguir caminando rumbo a la escuela y entrar a tomar clases cual si fuera un día cualquiera, otra pareja los emulaba un poco más lejos de la salida, por si alguien creía poder escapar; en la acera opuesta se hallaba una cuarteta similar realizando igual labor. Encontré un conocido con el que hice el camino mientras considerábamos emprender la huida, a lo cual renunciábamos. Los autobuses estaban tan pegados que la única opción era hacerlo por debajo y, no eran 6 ó 7, contamos más de veinte, sin mencionar la vigilancia ejercida por desconocidos apostados en algunas puertas y ventanillas.

Cerca de las diez de la mañana, a mitad de la clase de Matemáticas, irrumpieron cuatro porros cuyo cabecilla pidió permiso al maestro para hablar con nosotros. El maestro guardó sus cosas en un portafolio tan gris como él y se fue. “Compañeros, les pedimos nos acompañen a un acto de protesta en contra de la Dirección General que cada año recorta el presupuesto de nuestras escuelas privándonos de material para talleres, laboratorios, bibliotecas, etc.”. En el camino, a pocas cuadras, el guía del chofer le pidió detenerse junto a un camión repartidor de cerveza para “hacer compras”, es decir, tomar cuantas cajas pudiéramos y huir. Conforme se alejaba de la escuela, comenzamos a preguntarnos a dónde se dirigiría en realidad, ya que íbamos en dirección opuesta a la del Edificio Central. El “Borolas” se acercó a preguntar al cabecilla. La respuesta fue: “tú, tranquilo, chavo, no hay bronca”.

La incertidumbre terminó cuando, en el barrio de San Ángel, nos arreararon fuera del autobús. Había varios centenares de estudiantes a las afueras de una casa antigua y una camioneta con equipo de sonido montado en ésta. El autobús se alejó a estacionarse junto a varias decenas más de transportes. Estábamos en la periferia de la congrega-

ción cuando uno de los chavos que se encontraban al frente, tomó el micrófono para pedir una porra en honor del candidato triunfante. Resultaba claro que quienes integraban las primeras filas eran incondicionales. “Va a salir Salinas”, fue el rumor que corrió entre los allí reunidos. De modo que para eso estábamos allí. A los pocos minutos, una cabeza y orejas reconocidas de la televisión salieron a la puerta. El virtual presidente extendió los brazos, agradeció los aplausos y el apoyo de “la juventud mexicana que le brindaba su respaldo incondicional en aquellos momentos tan importantes para la patria...”. El “Borolas” me pidió que nos alejáramos de ahí antes de que le ganara el deseo de tomar una piedra y arrojársela al rostro con todas sus fuerzas a nombre de su hermano y amigos.

A la semana siguiente, los porros organizaron otro convivio, esta vez en reconocimiento “por el apoyo brindado incondicional y solidariamente, no con un hombre ni con un partido político, sino con la nación, el país que demandaba nuestro apoyo, energía y vitalidad para alcanzar los anhelos de los próceres que nos dieron...”, señaló el orador arrojando el saco cual gran cantante. Bebimos hasta el fondo y regresamos a nuestro salón para recoger morrales, bolsos y portafolios.

Y así transcurrió mi primera jornada electoral...

¿Estás segura de que quieres saber más al respecto? 🐾



Francisco Eppens